



PARTE PRIMERA.

NATURALEZA DEL ROSARIO.

CAPÍTULO I.

Esencia del Rosario.

LA fe es la vida del alma, la fuerza de la sociedad cristiana, el sosten de la virtud. Al desaparecer la fe muere el alma, ciérrasele el camino de la gloria y ábresele el de su eterna condenacion. El mismo Jesucristo dice que el que no tenga fe se condenará, y que sin ella es im-

posible agradar á Dios. El divino Pedagogo de la humanidad estableció medios eficaces y sencillos, sublimes y populares á la vez, para la difusion de la fe en los corazones de los hombres, y al objeto de que arraigase en ellos de una manera vivaz y robusta. La fe se introduce en el hombre de una manera misteriosa; no es un hombre que la infunde á otro hombre, es Dios mismo quien la comunica al corazon del creyente, muchas veces de una manera callada y sigilosa; de modo que sin sentir su entrada, encuéntrase con ella sin saber por donde le ha venido. Lo mismo pasa con el desarrollo y crecimiento de esta sobrenatural virtud. La fecundacion de sus gérmenes, su crecimiento y desarrollo, el fructificar de la misma, proviene siempre de una influencia divina, del riego sobrenatural de la gracia. Es cierto que nadie puede orar sin creer, á lo menos de una manera rudimentaria; pero tambien lo es que la oracion es madre de la fe, y que no hay misionero, ni apóstol, ni ángel del cielo, ni doctor de la Iglesia, ni apologista cristiano, ni catequista católico, que haya difundido la fe en tantos corazones como la oracion humilde que penetra los cielos. Los

que se dicen incrédulos dejarán de serlo el dia en que oren; los que son indiferentes se sentirán compelidos con ímpetu si doblan sus rodillas, y de corazon invocan al Padre que está en los cielos. El mundo es incrédulo porque no ora; el pueblo ha sido de veras cristiano cuando ha orado con constancia y fervor. La influencia de la oracion en el crecimiento de la fe, en la disipacion de las dudas, en enfervorizar los corazones, no es una verdad tan sólo dogmática, sino de experiencia humana y cotidiana. Por esto el mundo, más que doctores necesita santos, á quienes pueda decir lo que los discípulos á su divino Maestro: «Enseñadnos de orar.» Un antiguo Pontífice formuló en pocas y expresivas palabras la ley de la fe y de la oracion, al decir: «La ley de la oracion estableció la ley de la creencia;» *Legem credendi, lex statuit supplicandi*; los pueblos cristianos que llamaron predicadores del Evangelio á los predicadores del Rosario confirmaron la ley, y los numerosos herejes que unas veces con furor y otras con burlas atacaron esta santa devocion, prueban claramente que la oracion es la celeste mensajera de la fe, el ángel divino que fortifica las

creencias en los humanos corazones. Ora y creerás. Si todos los dones dimanaran de Dios, ¿por ventura no vendrá de Él el que es el más excelente de todos, fundamento de la virtud y requisito necesario de la salvación? Mas si de la oración en general puede decirse que es semilla de fe, de un modo más particular debe decirse del Rosario; el principio *legem credendi, lex statuit supplicandi*, es la pura expresión de los efectos que causa el Rosario en aquellos que lo rezan, porque en ellos la fe se desarrolla vigorosa, lozana y fecunda. Por esto los Romanos Pontífices á quienes ha tocado regir la Iglesia en épocas de herejías ó de indiferencia, han acudido á este dulce remedio del Rosario; y armados del mismo han evangelizado extensas regiones, no sólo los misioneros de la Orden de santo Domingo, jardín nativo del celestial Rosario, sino también otros muchos de distintas Ordenes religiosas, sobresaliendo entre todos aquel príncipe de misioneros, el admirable san Francisco Javier.

La vida sobrenatural del cristiano moderno hállase bajo la mala sombra de un mundo material en gran desarrollo, y de una sensualidad creciente cada día, refinada y

elegante en las clases ricas, brutal y amenazadora en las clases populares; en ambas igualmente corruptora. La fe es una planta que se desenvolvió en los desiertos, en las cuevas de los cenobitas, entre ayunos y maceraciones de la carne; ó en las grandes ciudades paganas á los crueles golpes de la persecución y del martirio. Las delicias vuelven imbecil el espíritu del hombre; y la fe, que es la última perfección del entendimiento, requiere una inteligencia y un corazón purificados, según aquella divina sentencia: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.» En las modernas generaciones la fuerza natural del alma se ha achicado, la potencia para alcanzar las sutiles cosas del orden sobrenatural ha disminuído, y por lo tanto la devoción del santísimo Rosario, que es la perenne oración de la cristiandad, tiene hoy día una oportunidad extraordinaria por la suma facilidad y sencillez, al par que profundidad, que la caracterizan.

Por otras partes también la celestial inspiración del Rosario enlázase con la misma naturaleza del hombre, y más aún con el hombre moderno. Como el hombre, tiene el

Rosario alma y cuerpo; es decir, es una materia animada, hay palabras materiales, frases y oraciones entre sí discretamente enlazadas, *Padre nuestros* y *Ave Marias* dispuestos de tal manera, que son como los distintos miembros de un cuerpo, el cual está vivificado por la meditacion y consideracion de los principales misterios de la fe cristiana; y así al místico susurro de la oracion que pronuncia la lengua, excítase la oracion del espíritu, y á la vez se adormecen los sentidos, y es como las alas con que el alma vuela hasta el acatamiento divino. Nos es muy difícil elevar el espíritu por encima de la materia; es mucho más fácil espiritualizar la materia, y Dios, que quiso que en nosotros materia y espíritu andasen hermanados, ha querido también que en ésta, la más excelente de las oraciones, hubiese también palabras materiales pronunciadas por la lengua, y pensamientos purísimos deleitosamente concebidos y rumiados por el entendimiento. Por las cosas sensibles nos elevamos á Dios, el más puro de los espíritus; Dios quiso ser visto y tocado por los ojos y las manos de los hombres, cuando vistiéndose de nuestra mortal carne pasó por el

mundo derramando bienes; y no desdeñó nuestra tosca vestidura al subirse á los cielos, desde donde reina y reinará para siempre sobre los ángeles y sobre los hombres, siendo Dios verdadero y hombre como nosotros.

Por esto hemos dicho que el Rosario debe ser simpático al hombre moderno. La humanidad es el ideal moderno; recházase todo lo que no es humano; prescínlese, como quería prescindir santo Tomás, apóstol, de todo lo que no se ve y palpa; y hé aquí que el Rosario va presentando á los ojos del cristiano la humanidad rehabilitándose, elevándose, y al último sentándose en el mismo trono de la Divinidad, en la adorable Persona de nuestro Señor Jesucristo; y ve á Dios en la tierra y en el cielo con sus ojos materiales, no debe morir y expeler su carne para contemplar la Divinidad, y como santo Tomás, ve y toca á Dios hecho hombre en el establo de Belén, en la cruz del Calvario y en el trono de los cielos. Es cierto que todo lo humano nos interesa y deleita y se nos hace comprensible, por lo cual el argumento del Rosario siempre vivirá en la memoria de los hombres, y su uso será sempiterno en el pueblo cristiano. La base de

todos los errores y el iman de todas las pasiones de la gente moderna es el culto de la humanidad: pues bien; el Rosario es la apoteosis de la Humanidad, ungida con la plenitud de la virtud divina, el canto triunfal del Hombre que con sus propias fuerzas escaló el cielo, entronizándose en el mismo. ¿Por ventura en Jesucristo no estaban todos los hombres?

Nuestro Smo. Padre, el Papa Leon XIII, dice que es hermosísima la forma del Rosario, y su hermosura proviene de la perfecta combinacion de lo divino y lo humano, lo espiritual y lo material. Orar es elevar nuestra mente á Dios; mas ¿quién sube á tales alturas? Por esto el Rosario considera, es cierto, á Dios, mas nos lo pone cabe nosotros y vestido de nuestra propia carne; el Dios-Hombre es el objeto continuo de su consideracion, y por Jesucristo, Señor nuestro, subimos al Padre, pues ya Él mismo nos dijo: «Nadie irá al Padre sino por medio de Mí (1).» Hay pocos que sepan engolfarse en la meditacion, dando rienda suelta al espíritu y manteniéndose quietos los sentidos corpo-

(1) Joan. xiv, 6.

rales; por lo cual la divina inspiracion del Rosario atendió á esta flaqueza humana, y mientras la mente se ocupa en considerar los pasos de la vida humana de Dios, la lengua se desata pronunciando las alabanzas divinas. Hé aquí porque el Rosario es una devocion universal, al alcance de todos, deleitosa y provechosa á todos: para que así como una es la fe, una sea tambien la oracion con la cual el pueblo cristiano se une con su Dios.

Nuestra generacion quiere ser democrática, y lo es ya en buena parte, aunque de una manera viciosa: pretende que todos los ciudadanos puedan ser llamados á los más altos lugares, que haya las menores diferencias sociales posibles, que todo sea puesto á nivel; pues bien, es indudable que el Rosario es la devocion más adecuada á este estado social. Todo un pueblo puede orar uniformemente con unos mismos pensamientos, con idénticas palabras, poseido de unos mismos sentimientos. El Rosario es el sufragio universal de la oracion; y el dia en que los pueblos modernos lo adopten, el sufragio político quedará purificado, la sociedad volverá á su quicio natural y cristiano, y sean

cuales fueran las formas de gobierno que dominen, la ley del Criador y del Redentor será otra vez la que rija las naciones cristianas. Es cierto que el Espíritu Santo guía al Vicario de Cristo en la tierra, y al promulgar Leon XIII á la faz de todos los pueblos la gran verdad cristiana de la indiferencia, bajo el punto de vista de la fe, de todas las formas de gobierno, y á la vez de la necesidad de la Religion para el buen régimen de los pueblos, inmediatamente ha promulgado el Jubileo del Rosario como un medio, dice el Pontífice, para acercarse lo más posible al ideal de una sociedad cristiana perfecta.

La universalidad del Rosario, el que deba ser, y sea en efecto, la oracion de todo el pueblo redimido por Jesucristo, de toda la sociedad comprendidos todos los miembros de la misma, proviene de su gran facilidad, y es argumento de su maravillosa excelencia. Es sabroso pasto para el alma ignorante de la pobre vieja mendiga y para el poderoso talento de un doctor Recamier, celebridad médica contemporánea, que yendo á visitar sus enfermos aprovechaba los ratos para rezarlo devotamente, atravesando aquellas calles de París infestadas por el hedor de los

vicios, y escandalizadas por todas las impiedades. No es un raciocinio profundo que requiera un perfecto aislamiento, la quietud de la soledad ó un recogimiento de espíritu que no á todos es asequible; aún en las situaciones más violentas, en los pasos más aterradores, háse visto al cristiano rezar su Rosario con devocion. Refiere el señor don Justo Ogínaga, capitan de un buque de la Compañía de A. López, que navegando uno de estos últimos años por el mar Atlántico fué visto por la gente de su embarcacion un bulto que flotaba sobre las olas, y que al parecer era un hombre; mandó el citado capitan dirigir el barco hácia aquella direccion, y recogieron piadosamente al náufrago, que resultó ser un jóven marinero indio que se encontraba en el lleno de la tranquilidad y la serenidad de espíritu. Interrogado de cómo habia venido á caer al mar, y en qué se fundaba su ingenua y hasta chocante calma, dijo que yendo á bordo de otro barco, estaba pintando el costado del mismo sentado en la guíndola, con la que cayóse al agua sin que fuera notado de los suyos, que prontamente se alejaron del sitio. «Y ¿qué hacías, le preguntó el capitan, estos dos días

que abandonado flotabas sobre las olas?—Rezaba el Rosario, contestó el indio, y esperaba que la Virgen me enviara un barco.» «Y se lo envió en realidad, dice el capitán, porque le salvámos el día 15 de Agosto, fiesta de la Asuncion de Nuestra Señora, que es la principal de todas las dedicadas á María santísima.» Esta suma serenidad de un hombre que va rezando el Rosario flotando sobre el abismo de las aguas, sostenido sólo por una frágil tabla, no se atribuya á la proverbial impasibilidad de la raza india á que pertenecía el sujeto mencionado; en las historias de la Orden de santo Domingo se encuentran muchos casos de personas pertenecientes á nuestra viva é impresionable raza, que han caminado á la muerte tranquilos y serenos con el rosario en la mano; y ¿cuántos hemos visto el cuadro hermosísimo, iluminado de luz celestial, de una familia amantísima rezando suavemente el Rosario al rededor del lecho del individuo más interesante de la misma, en los últimos momentos de su agonía?

El Rosario no sólo armoniza con estas situaciones tremendas, por las que debe pasar el miserable descendiente de Adán repetidas

veces; no sólo es fácil su rezo al hombre concentrado por el dolor, que hace de él la interjeccion manifestativa de un profundo sentimiento; lígase también perfectamente con las situaciones más placenteras, acomódase á los espíritus más ingenuos, á las almas de más fresco temple. ¿Quién no ha oído un coro de niños repitiendo el canto de las saluciones angélicas, como el eco de cánticos celestiales? Y es porque el Rosario es místico idilio en sus misterios de gozo, tremenda y divina tragedia en los de dolor, y triunfante y épico canto en los de gloria. La repetición, fastidiosa para los espíritus superficiales ó atolondrados, es un medio excelente para facilitar la oración, y hacerla posible en todas las almas. David, el hombre de más alta y vehemente oración, repite muchas veces sus ideas y aún unas mismas frases en sus salmos; y Jesucristo, Señor nuestro, el eterno sacerdote de la humanidad, cuya oración es omnipotente, al retirarse el día antes de su Pasión á la soledad del Huerto de las Olivas para fortificar su corazón abatido, con la oración, repitió con gran encarecimiento varias veces las mismas palabras á su divino Padre. El cristiano siem-

pre ha de pedir lo mismo, aquella sola cosa necesaria de la cual decia el Señor á Marta que únicamente debia tener cuidado; pues si sólo hemos de pedir una cosa, y la expresion de la misma está ya perfectamente formulada por nuestro Redentor y Maestro en la oracion dominical, ¿por qué no la hemos de repetir continuamente?

Hecha la súplica de este *unum necessarium* de que nos habla el Evangelio, de este solo bien que el hombre debe desear, porque es un bien que comprende todos los bienes, y fuera del cual no hay verdadero bien, y que consiste en la felicidad temporal y eterna de nuestra alma, reconociéndose el hombre incapaz de alcanzarlo, acude á María santísima, universal abogada, poderosísima intercesora entre los hombres y su divino Hijo. El elocuente san Bernardo, antes que el apostólico santo Domingo de Guzman ordenase el Rosario de María, pronunció estas hermosas y atrevidas palabras: *Quiso Dios que no alcanzásemos ninguna gracia que no pasase por las manos de la gloriosa Virgen* (1). El peso de su autoridad materna inclina la

(1) In Vigil. Nat. Dom. Serm. III.

balanza de la justicia divina en nuestro favor, y suple lo que falta á nuestras huecas plegarias. Otro Santo, que cita san Alfonso María de Ligorio, dijo que María podia tanto con sus súplicas, como Dios con su imperio. La Madre de Jesucristo resume las intercesiones de todos los Santos, y su súplica vale más que la de todos ellos juntos, porque Dios oye más facilmente á quien más ama; y por ventura ¿no ama más á María que á todas las restantes criaturas? Por esto el célebre Juan Gerson, canceller de la Universidad de París, sostenia que Nuestra Señora constituía por sí sola una jerarquía aparte, superior á todas las jerarquías y sólo inferior á la jerarquía divina, con la cual de otra parte está íntimamente enlazada. Las perfecciones humanas, esparcidas por entre todos los hijos de nuestro linaje, y las angélicas, invisibles á nuestros ojos corporales, pero que resplandecen en las criaturas puramente intelectuales, están reunidas como en un haz en aquella Mujer adorable, cuyo amor intenso á Dios debia ser correspondido hasta el extremo, de que el Omnipotente descendiese á su virginal seno.

Tenemos ya el eslabon que une con la

cadena del amor á Dios y María; el que nos une á nosotros con esta celestial Reina es el rezo devoto del santo Rosario. No hay palabras más dulces para la Virgen, que más la inclinen en favor nuestro, que más propicia la hagan á nuestras súplicas, que con mayor seguridad de éxito en nuestras pretensiones podamos emplear, que las que el Arcángel san Gabriel derramó en su casto oído, como néctar divino, que consumaron el incendio de la caridad, que ya desde su purísima concepcion la unia con Dios, y que ahora la identifican con Él al bajar á vivir en sus entrañas el mismo Verbo eterno. «El cielo sonríe, los ángeles se alegran, huyen los demonios, tiembla el infierno todas cuantas veces con reverencia decimos AVE MARÍA... Es como darte un amoroso beso, oh Virgen, cada vez que te hacemos oír este verso: AVE MARÍA... Tantas veces, oh benditísima, te besamos cuantas con el AVE MARÍA te saludamos... Por lo tanto, carísimos hermanos, acercaos á su Imágen, doblad la rodilla y dadla un beso, diciéndola: AVE MARÍA.» El beso es expresion de amor y engendrador de amor; enciende los corazones; se repiten los besos y auméntase el afecto, y nunca

acabarian de darse besos los que de veras se aman. La sucia carne envenena la pureza del beso; pero los besos del espíritu, esos besos del alma á la purísima Virgen, de que nos habla san Bernardo, pueden repetirse y multiplicarse multiplicando el afecto del cristiano; el amor mutuo entre María y sus devotos crece al compás de los Rosarios que éstos le rezan; el suave deleite del amor excita al mortal á dirigir y á repetir á la Virgen las palabras con que la saludó el Angel san Gabriel; y la celestial Señora siente vibrar su corazon al influjo de aquellas palabras, y enciéndose de un amor purísimo é inefable hácia el humilde cristiano que se las dirige, otorgándole le gracia que solicita.

